

# SAN ATANASIO EN EL CONCILIO DE NICEA,

PEL P. JOSEP M. BOVER, S. J., PROFESSOR DE PATROLOGIA  
EN EL COL·LEGI MÀXIM DE SANT IGNASI, DE SARRIÀ - BARCELONA

Jamás quizás un hombre ha encarnado tan poderosamente una idea en su persona, en su vida, en su acción, en sus escritos, como el gran Patriarca de Alejandría, San Atanasio, ha encarnado y representado en sí la gran verdad del cristianismo, la divinidad de Jesucristo, la consustancialidad del Verbo con Dios Padre. Desde que en su primera juventud, diácono aún de la Iglesia Alejandrina, resiste y combate resueltamente las impías novedades del blasfemo herejarca, hasta que finaliza gloriosamente los 46 años de su azaroso pontificado, Atanasio es siempre el generoso defensor, el atleta infatigable, el campeón a veces casi único, el confesor y mártir, de la divinidad del Verbo hecho carne. Obispos degenerados y conciliábulos turbulentos, emperadores y funcionarios públicos, apóstatas, herejes y cismáticos, se conjuran contra el patriarca de Alejandría para calumniarle, perseguirle, desterrarle, asesinarle. Los enemigos se suceden unos a otros, su táctica varía; entre tanto Atanasio, durante medio siglo, permanece firme e incommovible, siempre resistiendo, siempre luchando, ora paciente, ora agresivo. Hecho blanco de las miradas de todos, instruye a los que no saben, sostiene a los que vacilan, agrupa en torno suyo a los leales, patrocina la verdad, anatematiza el error, opone escritos a escritos, concilios a concilios, diplomacia a diplomacia. Con razón en la antigüedad la fe de Nicea pudo apellidarse la fe de Atanasio.

Por eso en una serie de estudios consagrados a la memoria del gran Concilio de 325 no podía faltar uno dedicado al gran campeón de la fe de Nicea. Mas ¿cómo abarcar en los estrechos límites de un artículo toda la inmensa y complicadísima actividad que desplegó Atanasio en orden a sostener y defender la fe de los Santos Padres en la divinidad de Jesucristo? En vez, pues, de presentar un descarnado esqueleto de la portentosa y heroica obra de Atanasio, será preferible limitarse a un solo punto. Y éste no puede ser otro, dentro del plan que ha presidido en la ordenación del presente volumen, que la intervención de Atanasio en el mismo Concilio de Nicea.

\* \* \*

Ciertos críticos modernos, algunos de ellos católicos, dejan en la sombra y atenuan notablemente, si ya no la niegan en absoluto, la intervención de San

Atanasio en las deliberaciones del gran Concilio. Nos parece éste un punto demasiado importante, para que sin más admitamos dócilmente ese veredicto de la crítica moderna. Se trata de un problema histórico, y hay que dilucidarlo con los documentos históricos que poseemos. Presentaremos estos documentos, que procuraremos interpretar imparcialmente. Por ellos se verá con cuánta ligereza procede a veces en sus juicios la que enfáticamente se llama crítica moderna.

Y sea el primero el testimonio del mismo Atanasio. El cual en su *Apología contra los Arrianos*, escrita verosímelmente hacia el año 350, dice: "Alexandro autem, ob suam in Christum pietatem, impium illum (Arium) non recipiente. Athanasio tunc diacono succensebant (ἐλυκοῦντο): quod curiose sciscitantes (πολυπραγμονοῦντες) ipsum frequentissime cum Alexandro versari, et ab ipso in pretio haberi audivissent. Cum autem ex iis quae in synodo Nicaena contra Arianitarum impietatem confidenter locutus est (ἐν οἷς ἐπαρησιάζετο κατὰ τῆς ἀσεβείας τῶν Ἀρειομανιτῶν), eius in Christum pietatem essent experti (αὐτοῦ καὶ τῆς εὐσεβείας τῆς εἰς Χριστὸν πείραν λαβόντες), in maius odium exarserunt" (*Apología contra Arianos*, 6. PG, 25, 257-258). Como se ve, habla aquí Atanasio de lo que hizo en Alejandría y de lo que más tarde hizo en Nicea. En Alejandría comunicaba frecuentemente con el obispo Alejandro, que mostraba de él grande estima y aprecio: lo cual dió motivo a los arrianos para entender que nacía de Atanasio la oposición irreductible que mostró Alejandro en admitir a Arrio a la comunión eclesiástica. En Nicea se declaró abierta y resueltamente contra la impiedad de los herejes, los cuales por esto pudieron conocer y de hecho conocieron por experiencia quién era Atanasio y cuál su piedad para con Cristo, esto es, su ortodoxia y firme adhesión a la doctrina tradicional. Con lo cual concibieron mayor odio contra el campeón de la divinidad y consustancialidad del Verbo. Para que así llamase la atención de los arrianos en medio de aquellas agitadas controversias, no hubo de ser floja la actividad que en Nicea desplegó el joven diácono de Alejandría.

SAN HILARIO DE POITIERS, muerto hacia el año 366, unos siete años antes que San Atanasio, escribe: "Huius igitur intimandae cunctis fidei Athanasius, in Nicaena synodo diaconus, deinceps Alexandriae episcopus, vehemens auctor exstiterat, et Arianam pestem in tota Aegypto veri tenax vicerat: atque ob id coniuratis in eum testimoniis falsitas est criminum comparata" (*Fragm.* 2, n. 33. PL, 10, 658). El sentido de la frase principal "huius intimandae cunctis fidei... vehemens auctor exstiterat" es claro y expresa evidentemente el vehemente conato de San Atanasio en defender e inculcar a todos la fe de Nicea. Mas ¿cuándo? ¿No podría en absoluto verificarse el testimonio de San Hilario con el empeño con que más tarde, siendo ya obispo de Alejandría, trabajó y luchó por mantener en pie el símbolo de Nicea? En esta hipótesis la expresión "in Nicaena synodo diaconus" sería una mera nota histórica parentética, que en nada afectaría al sentido de la frase principal. Tres razones, con todo, nos mue-

ven a creer que en la mente de San Hilario la expresión “in Nicaena synodo diaconus”, lejos de ser un mero paréntesis histórico, por cierto innecesario, es un complemento de la frase principal, cuyo sentido determina, para significar que también en Nicea San Atanasio “huius intimandae cunctis fidei... vehemens auctor exstiterat”. Nótese primeramente el paralelismo de las dos expresiones “in Nicaena synodo diaconus” y “deinceps Alexandriae episcopus”. Ahora bien, que siendo obispo San Atanasio luchase denodadamente por la fe del gran Concilio es cosa manifiesta: y eso quiso decir San Hilario. Luego lo mismo hay que decir de su presencia en Nicea, cuando era diácono. En otros términos: la segunda expresión no es un paréntesis sin relación con la frase principal: luego tampoco lo es la primera, enteramente paralela a la segunda. En segundo lugar, ambas expresiones quedan dentro de la frase principal, encerradas y como abrazadas estrechamente por ella. No parecen, pues, una mera nota histórica paren-tética y desligada de ella. Por fin, la nota final de que “ob id”, por la constancia denodada de Atanasio en defender la fe de Nicea, “coniuratis in eum testimoniis falsitas est criminum comparata”, no puede referirse exclusivamente al tiempo de su episcopado, sino que debe extenderse a los años precedentes, ya que la experiencia que tenían los arrianos de esta constancia fué la que les movió a oponerse resueltamente a la elección episcopal de Atanasio. Resulta, pues, de todo lo dicho que ya siendo diácono en Nicea San Atanasio se declaró como acérrimo defensor de la divinidad del Verbo. No dice San Hilario de qué manera concreta trabajó Atanasio en Nicea por sostener e inculcar a todos la fe, pero atestigua que trabajó denodadamente. Calla las circunstancias, mas testifica la sustancia del hecho. Y esto nos basta.

SAN GREGORIO NAZIANZENO en el célebre panegírico en honor de San Atanasio que pronunció por los años de 379 ó 380, unos seis o siete después de su muerte, dice: “In sancto Concilio Nicaeae habito, atque illo trecentorum et duodeviginti lectissimorum virorum numero quos Spiritus sanctus in unum coegerat, quantum in ipso fuit, morbum compressit; nondum ille quidem in episcoporum numerum allectus, verum primas tenens inter eos qui convenerant. Nam is tum rerum status erat, ut non minus virtute, quam graduum dignitate, honoris praestantia censeretur” (Or. 21, *In laudem magni Athanasii Episcopi Alexandrini*, XIV. PG, 35, 1095-1096). Dos cosas afirma de San Atanasio el Nazianzeno: que “cuanto estuvo de su parte, contuvo la herejía”, y que entre los allí reunidos peleaba “en primera fila”, τὰ πρῶτα τεταγμένος. Qué fué lo que hizo Atanasio para contener o reprimir la herejía, y cuál fué la actividad que le colocó en primera fila, no lo especifica el Nazianzeno; mas no por eso es menos apreciable su testimonio.

No es muy posterior el testimonio de RUFINO, quien en su *Historia eclesiástica*, escrita por los años de 402 ó 403, hablando de los personajes ilustres que se reunieron en Nicea, escribe: “Tales igitur in illis adhuc temporibus per-

multi viri in Ecclesiis Domini refulgebant, ex quibus plurimi in illo Concilio fuerunt. Sed et Athanasius eodem tempore, Alexandri diaconus Alexandrini Episcopi, aderat consiliis senem quamplurimis iuvans" (*Hist. Eccl.*, lib. 1, cap. 5. *PL*, 21, 472). Aquí tenemos algo especificada, aunque no exclusivamente, la acción de Atanasio en Nicea: "ayudaba con sus dictámenes o consejos en ocasiones frequentísimas y variadas al anciano Alejandro". Aunque indirecta, esta acción de Atanasio debió de ser importantísima. Recordemos el lugar preeminente que Alejandro ocupaba en el Concilio, no sólo por la importancia de su sede patriarcal, sino principalmente por haber sido él quien en el Concilio de Alejandría de 320 (ó 321) condenó el primero a Arrio, cuya herejía y condenación denunció en dos cartas a los obispos de toda la cristiandad. Pues bien, en Nicea el consejero continuo de Alejandro era Atanasio; el cual, como en Alejandría había sido el alma de cuanto se hizo contra el heresiarca, así también en Nicea debió de influir poderosamente en las deliberaciones y decisiones, por lo menos por medio de los dictámenes y consejos sugeridos diariamente al anciano Alejandro.

Más adelante, en el capítulo XIV del mismo libro I, expresa Rufino más concretamente la intervención de Atanasio en el Concilio: "Igitur apud Alexandriam, defuncto Alexandro, Athanasius susceperat sedem. Quod vero esset idem vir acris ingenii et ecclesiasticis negotiis apprime vigilans, satis iam tunc haereticis innotuerat, cum ad Concilium Nicaenum cum Episcopo suo sene Alexandro venerat, cuius suggestionibus haereticorum dolí ac fallaciae vigilanter detegebantur" (*Hist. Eccl.*, lib. 1, cap. 14. *PL*, 21, 486). Atanasio, pues, según Rufino, en el Concilio con su penetrante ingenio ponía en descubierto las maquinaciones y sofismas de los herejes.

De mayor autoridad es, aunque algo posterior, el testimonio de SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, quien en su carta a los Monjes de Egipto, escrita hacia el año 430, dice: "Sane idoneus est hic vir apprimeque dignus cui intrepide fidem adiungere quemque tuto sequi liceat, ut qui nihil protulisset, quod a divinis litteris alienum esset. Quo enim pacto illustris ille celebratusque Pater, qui in sacra illa magnaque synodo Nicaena in tanta omnium admiratione habitus est, a veritatis tramite aberraret? Nam etsi per id tempus episcopi munus nondum sustineret, sed inter clericos etiamnum degeret, attamen propter praeclaram indolem insignemque vitae probitatem et subtilem ac incomparabilem mentis perspicaciam a beatae memoriae episcopo Alexandro ad synodum comes ascitus est. Versabatur autem cum sene tamquam filius cum patre, ad quidvis utiliter conficiendum sese ducem praebens, necnon in omnibus quae obeunda forent, commodum iter ostendens" (*Epist.*, 1. *PG*, 77, 15-16). Notemos particularmente lo que de San Atanasio testimonia San Cirilo. Primeramente, que en Nicea se conquistó la admiración de todos. En segundo lugar, que su obispo Alejandro se lo llevó como socio al Concilio, entre otras razones por la fina e incomparable perspicacia de su inteligencia. En tercer lugar, que la intimidad de Atanasio

con Alejandro era la de un hijo con su padre. Finalmente, que Atanasio era para su anciano obispo el guía que le inspiraba todas las decisiones oportunas y le mostraba el mejor camino de lo que convenía hacer, *ποδηγῶν εἰς ἕκαστα τῶν χρησίμων, καὶ τὴν ἐφ' ἑκάστῳ τῶν πρακτέων ὁδὸν εὖ μάλ' παραδεικνύς*. Todo esto quiere decir que cuanto en Nicea hizo Alejandro se debió enteramente a Atanasio. Si fuera de esta intervención mediata hizo además algo en Nicea Atanasio, no lo expresa San Cirilo. Pero es lo cierto, como él mismo lo atestigua, que el joven diácono de Alejandría se conquistó en Nicea la admiración general. Por otra parte, que el testimonio de San Cirilo nos merezca entero crédito, además de la autoridad del gran defensor de la *Madre de Dios*, nos lo persuade la circunstancia de haberse educado con su tío y predecesor en la sede de Alejandría, Teófilo, el cual fué elevado a aquella sede patriarcal el año 385, doce años solamente después de la muerte de San Atanasio, con el cual pudo él tratar frecuente e íntimamente.

El historiador SÓCRATES, que escribió su *Historia Eclesiástica* hacia el año 440, menciona dos veces la intervención de San Atanasio en Nicea. En el capítulo VIII del libro I, después de decir que los obispos Eusebio de Nicomedia, Teognis y Maris patrocinaban la herejía de Arrio, añade: "Adversus istos Athanasius fortiter dimicabat, qui tunc quidem Alexandrinae Ecclesiae diaconus militabat. Ceterum magno in honore apud Alexandrum erat episcopus: unde etiam invidiae livor contra eum exarsit" (*Hist. Eccl.*, lib. I, cap. 8. PG, 67, 63-64). Tres cosas afirma el historiador: que Atanasio en el Concilio luchaba generosamente contra los herejes, *τούτοις δὲ γενναίως ἀντηγωνίζετο*; que era muy estimado de su obispo Alejandro, y que por lo uno y por lo otro se encendió contra él el odio de los herejes.

En el capítulo XV del mismo libro I, hablando de Atanasio, escribe: "Quem quidem iam virilem ingressum aetatem, diaconum constituit et Nicaeam secum duxit, ut in concilio, quod ibi congregatum erat, adiumento illius uteretur" (*Ib.*, cap. 15. PG, 67, 115-116). El texto original griego es más expresivo: *ἦγεν ἐπὶ τὴν Νίκαιαν, συναγωνιζόμενον αὐτῷ ἐκεί: le llevó consigo a Nicea, para que allí luchase con él*, o, más exactamente todavía, aunque no tan a la letra, *le llevó a Nicea, donde le tuvo a su lado como compañero de luchas y fatigas*.

Coincide con Sócrates el testimonio de SOZÓMENO, quien escribía su *Historia Eclesiástica* hacia el año 450. En el capítulo XVII del libro I escribe: "Ex illo certe tempore Athanasius Alexandrinae Ecclesiae etiam tum diaconus, qui una cum Alexandro episcopo versabatur, maxima pars huius disceptationis haberi coepit", o, en griego, *πλείστον εἶναι ἔδοξε μέρος τῆς περὶ ταῦτα βουλῆς* (*Hist. Eccl.*, lib. I, cap. 17. PG, 67, 913-916). Esta última expresión, que pudiera parecer hiperbólica, no significa precisamente que Atanasio llevó en Nicea la parte principal y como el peso de la discusión; sino que lo que hizo en Nicea fué digno comienzo de lo que había de continuar durante toda su vida, por todo

lo cual, en conjunto, debe ser considerado Atanasio como el principal defensor de la fe contra los Arrianos.

En el capítulo XVII del libro II cita Sozómeno el testimonio de Apolinar de Laodicea, contemporáneo de Atanasio: "Post haec vero impietas bellum inferre non cessat. Sed primum quidem contra beatum huius viri (Alexandri) *doctorem* (Athanasium) armatur: et hic tamquam filius patri adiutor aderat" (*Ib.*, lib. 2, cap. 17. *PG*, 67, 975-976). Es digna de notarse la expresión "huius viri *doctorem*", διδάσκαλον, la cual, evidentemente, no significa que Atanasio fuese el maestro que enseñase a Alejandro, sino el maestro de que él se valía para enseñar a los fieles de Alejandría, y además el maestro que él llevó consigo a Nicea para que le asesorase, o, como diríamos hoy, su *teólogo* en el Concilio.

Finalmente, TEODORETO DE CIRO en su *Historia Eclesiástica*, libro I, capítulo VII, después de referir lo que hizo en Nicea Eustacio de Antioquía, prosigue: "Haec igitur Eustathius. Huius vero certaminum socius, ὁ δὲ τούτου συναγωνιστής, veritatisque propugnaculum Athanasius..." (*Hist Eccl.*, lib. 1, cap. 8. *PG*, 82, 921-922). En absoluto, la expresión de Teodoreto pudiera verificarse de lo que en adelante hizo Atanasio para defender la verdad católica; pero el sentido más natural de la frase en su contexto, en que se habla de lo que hizo Eustacio en Nicea, es que en el mismo Concilio fué Atanasio su compañero de armas y su aliado en combatir a los arrianos.

Mucho más explícito e importante es lo que más adelante, en el capítulo XXV del mismo libro I, escribe Teodoreto: "Hic in magno concilio pro dogmatibus apostolicis cum strenue decertasset, a veritatis quidem propugnatoribus gloriam, ab adversariis vero, ut antagonista, odium et inimicitias consecutus est. Erat autem cum celeberrimo Alexandro, iuvenis quidem aetate, sed princeps ordinis diaconorum. Hanc eius in defendenda veritate alacritatem re ipsa experti, qui unigenito Deo bellum inferre decreverant, ubi eum Alexandrinae Ecclesiae gubernaculis admotum cognovere, hanc eius praefecturam potentiae suae labem ac ruinam fore censuerunt" (*Hist. Eccl.*, lib. 1, cap. 25. *PG*, 82, 979-980). Semejante testimonio no necesita comentario.

Para apreciar debidamente los testimonios aducidos, serán oportunas algunas consideraciones. Primeramente, es digno de advertirse que de los ocho autores citados, además del mismo San Atanasio, tres de ellos, San Hilario, San Gregorio Nazianzeno y Apolinar de Antioquía, son contemporáneos a San Atanasio; y los otros cinco son muy poco posteriores a él. Todos ellos son autores de nota, y pudieron por sí o por testigos fidedignos o por documentos que consultaron informarse de lo acaecido en el Concilio de Nicea. No se trata además de un hecho oscuro o complicado, sino público y sencillo, que debió quedar en la memoria de todos, principalmente por la notoriedad que posteriormente alcanzó San Atanasio. Si no todos quizás, muchos a lo menos de los testimonios parecen completamente independientes los unos de los otros, lo cual les añade

mayor valor. Ninguno de ellos, finalmente, se parece en nada a las leyendas fantásticas que más adelante se forjaron sobre la intervención de Atanasio en Nicea. No es, por tanto, prudente recusarlos.

A los testimonios históricos hay que agregar, a lo menos como simple confirmación o como solución de las objeciones que pudieran oponerse, otras razones sugeridas por la misma índole y desenvolvimiento del Concilio y por el carácter de Atanasio.

El Concilio estaba convocado para el 20 de mayo de 325: y a esta fecha se hallaban ya reunidos los obispos en Nicea. Mas, como el emperador Constantino retrasó su llegada, la primera sesión solemne no pudo celebrarse hasta el 14 o el 16 de junio. Durante el intervalo de 20 de mayo a 14 de junio se tuvieron sesiones privadas o preparatorias, en las cuales tomaron parte no sólo los obispos, sino también los clérigos inferiores y aun los mismos legos. En estas reuniones previas se produjeron acaloradas discusiones entre los católicos por una parte y los arrianos y algunos filósofos por otra. Atanasio estaba presente a estas discusiones: él, que antes en Alejandría se había declarado partidario acérrimo de la divinidad del Verbo y tanta parte había tomado en las primeras controversias arrianas; él, que a partir de Nicea durante medio siglo había de ser el campeón intrépido e infatigable de la fe de los Santos Padres y el adversario más implacable de todos los arrianos. Atanasio, hombre de inteligencia tan poderosa y penetrante, de conocimientos tan vastos y profundos, tan versado en la inteligencia de la Escritura, en la lectura de los Santos Padres y en la especulación teológica de la verdad revelada, cual poco antes lo había mostrado en su *Discurso sobre la encarnación del Verbo*, tan firmemente adherido a la enseñanza tradicional, de carácter además tan vigoroso y batallador: ¿podía mantenerse silencioso e inactivo en medio de aquellas apasionadas controversias? Nos parece éste un absurdo psicológico, que no podemos admitir como probable, ni siquiera concebir como posible. ¿El diácono alejandrino podía desentenderse de aquellas discusiones nacidas en Alejandría y promovidas por un alejandrino? ¿Podía él contemplar indiferente aquella reñida lucha, en que tomaban parte otros diáconos y aun filósofos legos, sin lanzarse a la arena, para oponerse a las blasfemias de hombres impíos e ignorantes, para desvanecer los groseros sofismas de los herejes, para salir a la defensa de la verdad maltratada y acaso no suficientemente defendida por algunos católicos? Devorar semejantes absurdos, desmentidos además por los testimonios históricos anteriormente aducidos, no nos parece buena crítica histórica. Que el mestizo Eusebio de Cesarea, nada afecto a Atanasio y molesto por las *extremosidades* del diácono alejandrino, intente sepultar en el olvido esta gloria del gran atleta de la fe, se comprende fácilmente. Pero rechazar, sólo por este silencio tan fácilmente explicable, los testimonios históricos positivos que enaltecen la obra de Atanasio en Nicea, y, sobre ello, admitir

los absurdos que en sí entrañaría la inacción del intrépido diácono, lo repetimos, no nos parece crítica de buena ley.

A la luz de estas consideraciones podemos ya precisar más concretamente, conforme a los testimonios antes citados, la parte de Atanasio en las deliberaciones del gran Concilio.

En dos grupos pueden clasificarse dichos testimonios. Los unos se refieren a la colaboración o concurso que Atanasio prestó a San Alejandro. Los otros hablan de la intervención personal y directa del diácono alejandrino en las discusiones del Concilio.

De lo primero dice RUFINO: "Aderat consiliis senem quamplurimis iuvans". Lo mismo testimifica SAN CIRILO en el largo pasaje antes copiado. SÓCRATES añade que "Nicaeam secum duxit, ut... adiumento illius uteretur". APOLINAR, citado por Sozómeneo, apellida a Atanasio "maestro" o *teólogo* de Alejandro.

Más importantes son los testimonios relativos a la acción directa y personal de San Atanasio. El mismo Atanasio afirma de sí que "in synodo Nicaena contra Ariomanitarum impietatem confidenter locutus est". SAN HILARIO asegura que Atanasio "intimandae cunctis fidei... vehemens auctor exstiterat". SAN GREGORIO NAZIANZENO, después de afirmar que Atanasio reprimió cuanto pudo la peste arriana, añade que en el Concilio era "primas tenens inter eos qui convenerant". Según RUFINO, "(Athanasii) suggestionibus haereticorum doli ac fallaciae vigilantiter detegebantur". Tanto, agrega SAN CIRILO, que en el Concilio se conquistó la general admiración. Contra los herejes, dice SÓCRATES, "fortiter dimicabat". Hasta el punto, agrega SOZÓMENO, de que en Nicea Atanasio "maxima pars huius disceptationis haberi coepit". Si es probable que en la impugnación del arrianismo en el Concilio tuvo Eustacio de Antioquia la parte principal, es cierto, según el testimonio de TEODORETO, que Atanasio fué su "compañero de armas"; ya que, prosigue el mismo TEODORETO, en el Concilio "peleó denodadamente en defensa de los dogmas apostólicos", considerado por esto como "el antagonista" de los herejes.

Combinando estos datos históricos con las noticias que poseemos sobre las dos fases del Concilio, podemos concluir que en las sesiones preparatorias celebradas desde 20 de mayo a 14 de junio intervino Atanasio directamente en las deliberaciones y discusiones defendiendo acérrimamente la doctrina tradicional y rebatiendo implacablemente las blasfemias y los sofismas de los Arrianos. Desde el 14 ó 16 de junio en que, llegado Constantino, se abrió solemnemente el Concilio, si ya no le fué posible intervenir personalmente en los debates, no por eso dejó de intervenir indirectamente asesorando al anciano obispo Alejandro, que tanta representación tuvo en el Concilio.

Si fuera de esto tuvo Atanasio alguna intervención más particular, ya no se saca de los testimonios históricos que poseemos. Por eso nada hemos dicho de la disputa singular que según algunos sostuvo Atanasio con el mismo Arrio,

y menos de la parte que le cupo en la redacción del Símbolo de la fe, que el mismo Atanasio atribuye a Osio. Aunque, si no podemos asegurar positivamente, a falta de documentos, la verdad de estos dos hechos, tampoco nos creemos con derecho para negarlos ni considerarlos como menos probables. Pues no es inverosímil que en el decurso de las discusiones se encontrase alguna vez Atanasio con Arrio, alejandrinos los dos y conocidos de antemano. Ni es improbable que Osio, portador que había sido de la carta de Constantino a Alejandro, consultase, al redactar la fórmula de fe, al patriarca de Alejandría, asesorado por su inteligente y denodado diácono. Pero, repetimos, esas conjeturas, por más verosímiles que parezcan, no pasan de simples conjeturas. Y nunca hay que confundir las conjeturas con los testimonios positivos de la historia.

El valor e interpretación que damos a los testimonios aducidos es el de muchos críticos, antiguos y modernos, cuyas palabras nos parece oportuno reproducir aquí como confirmación de cuanto llevamos dicho.

LOS PP. FELIPE LABBE y GABRIEL COSSART, S. I., en la *Historia Concilii Nicaeni* que anteponen a la colección de los documentos relativos al Concilio de Nicea, escriben: "Plerique Patres adversus haereticos doctissime disputarunt; inter quos Athanasius Alexandrinus, adhuc diaconus, singulari certamine cum Ario acerrime congressus est" (*Sacrosancta Concilia*. Lutetiae Parisiorum, 1671. Tom. 2, col. 5). La misma *Historia Concilii* se reproduce en la colección de Mansi (Tom. 2, col. 639).

El Bolandista DANIEL PAPEBROCH en su *Vita S. Athanasii Ep. Alex.*, al narrar la parte que tuvo el diácono de San Alejandro en el Concilio de Nicea, se limita a reproducir los testimonios de San Gregorio Nazianzeno, Gelasio de Cízico, Rufino, San Cirilo de Alejandría y Sozómoeno, que él admite como fidedignos (*Acta Sanctorum Maii*, tom. 1, die 2 Maii. Venetiis, 1737, pág. 190-191).

B. DE MONTFAUCON en la *Vita S. Athanasii Archiep. Alex.*, que antepone a la magnífica edición de sus obras, hablando del gran Concilio, dice: "Hic complurium antistitum emicuit vis ingenii, verae fidei amor, studium ecclesiasticae pacis, Marcelli in primis Ancyraní, maxime tamen omnium Athanasii: qui tametsi diaconus solum erat, et, ut ait Theodoretus, iuvenilis aetatis, nemini uní quantumvis grandaevo secundus erat studio Arii confutandi". Y después de citar el testimonio de San Gregorio Nazianzeno, prosigue: "Nec modo Arii ille, sed etiam propugnatorum eius Eusebii, Theognii et Maris insidiis atque conatibus pro virili occurrit. Quo factum, ut tota vis mali in capitis eius periculum postea immineret, ipseque unus omnium impetum exciperet". Y concluye prudentemente: "De Athanasii contra Arium disputatione haec accepimus, pro gravitate certe dignitateque rei paucissima" (*Vita S. Athanasii*, n. 7. PG, 25, LXVIII).

LENAIN DE TILLEMONT en sus *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles*, al narrar la vida de San Atanasio, escribe entrelazando artificiosamente las palabras mismas de los autores antiguos: "Comme

donc S. Alexandre connoissoit fort bien son merite extraordinaire, il le prit avec luy pour le mener en l'an 325 au grand Concile de Nicée, où il en receut beaucoup d'assistance tant pour le conseil que pour tout le reste. Car quoiqu'il fust encore jeune, il avoit tant de sagesse qu'il conduisoit les pas de ce bienhereux vieillard qu'il regardoit comme son pere, et luy monroit en toutes rencontres le chemin qu'il devoit tenir. Ainsi il fut admiré de tout le mond en cette illustre assemblée: il y eclata extremement, y parut comme la premiere personne de ce Concile, où le Saint Esprit avoit rassemblé l'élite de toute l'Eglise. Il y fit admirer la vivacité de son esprit et sa vigilance extraordinaire dans les affaires ecclesiastiques, en decouvrant avec une lumiere et une penetration merveilleuse toutes les fourberies et les artifices des heretiques. Il n'y signala pas moins sa suffisance et sa generosité. Car il resista courageusement à Eusebe de Nicomedie, à Theognis, et à Maris, qui estoient les principaux protecteurs de l'Arianisme. Il entreprit de grands combats pour maintenir les dogmes apostoliques, et fit paroistre un ardent amour pour la foy: ce qui luy attira les louanges et les benedictions de tous les défenseurs de la verité. Et il fut mesme un des principaux auteurs du symbole qui y fut dressé. Ainsi il ne tint pas à luy que dans cette illustre assemblée, il n'étoufast entierement la peste de l'Arianisme" (*Le grand S. Athanase, Archevesque d'Alexandrie, Docteur de l'Eglise et Confesseur*, art. 2. *Mémoires...*, tom. 8. Paris, 1702, pag. 5-6).

Entre los críticos modernos son muchos los que reconocen y enaltecen la obra de San Atanasio en el Concilio de Nicea. Citaremos los autores cuyas obras hemos podido consultar. JOHN HENRY NEWMAN, *The Arians of the fourth century* (part II, chap. III, sect. I, § 3. London, 1883, pag. 250-252); PIERRE BATIFFOL, *Anciennes littératures chrétiennes. I. La littérature grecque* (Troisième période, IV, § 1. Paris, 1901, pag. 271); OTTO BARDENHEWER, *Geschichte der altkirchlichen Literatur* (Dritter Band, § 7, 2. Freiburg im Breisgau, 1912, pag. 49); GERHARD RAUSCHEN - JOSEPH WITTIG, *Grundriss der Patrologie* (§ 50. Freiburg im Breisgau, 1921, pag. 146); JOSEPH SCHWANE - A. DEGERT, *Histoire des dogmes* (tom. II, § 9. Paris, 1903, pag. 133-134). LÜDTKE, (*Kirchenlexikon*, I, 1534); CORNELIUS CLIFFORD (*The catholic Encyclopedia*, II, 37); PIERRE BATIFFOL (*Dictionnaire de la Bible* publié par F. Vigouroux, I, 1208); X. LE BACHELET (*Dictionnaire de Théologie catholique*, I, 1794, 2144). Merece especial mención CARL JOSEPH VON HEFELE, con cuyas apreciaciones coincide H. LECLERCQ en las anotaciones con que enriqueció la nueva traducción francesa de la *Conziliengeschichte* (*Histoire des Conciles*, tom. I, § 25 y 27. Paris, 1907, pag. 415-416, 421). Hermosa corona y confirmación de estos testimonios es el que acaba de dar Su Santidad el Papa Pío XI en la alocución consistorial *Iam annus*, de 14 de diciembre último, con estas palabras: "...Athanasius ille, Nicæni Concilii, ut ita dicamus, heros..."

\* \* \*

Grande fué la obra realizada por Atanasio en el Concilio de Nicea; mas, comparada con la que iba a realizar en el resto de su larga vida, no fué sino una ligera escaramuza, que anunciaba e inauguraba la prolongada y formidable guerra que durante medio siglo había de sostener el gran confesor de Nicea contra todo el poder del arrianismo. En efecto, la historia de Atanasio se confunde, por antítesis, con la historia del arrianismo. Séanos lícito aquí recorrer con rápida mirada la obra incomparable de Atanasio.

Elegido patriarca de Alejandría, probablemente en 328, se irritaron furiosamente contra él todos los enemigos de Nicea, que ya se habían opuesto a su elección. Arrianos y melecianos, herejes y cismáticos, coligados en bloque compacto, se aprestaron a la lucha. Manejos indignos, acusaciones absurdas y ridículas, conciliábulos anticanónicos, lograron por fin arrancar al emperador Constantino el decreto de destierro, que había de durar más de dos años (de 11 de julio de 335 a 23 de noviembre de 337). El júbilo con que el pueblo alejandrino aclamó la vuelta de su amado obispo no duró largo tiempo. No había pasado aún año y medio, cuando de nuevo Atanasio es desterrado por Constancio, entregado completamente a los arrianos. Siete años y medio (de 16 de abril de 339 a 21 de octubre de 346) anduvo Atanasio errante por el Occidente, que en todas partes acogía honrosamente al atleta de la fe. De gran consuelo debieron ser para el desterrado el sínodo romano de 340, presidido por el papa San Julio I, y el concilio de Sárdica (Sofía) de 343, que, declarando su inocencia, ordenaban fuese restituido a su sede. Mas de nada hubieran servido estos decretos pontificios y conciliares sin la apremiante carta que Constante, emperador de Occidente, dirigió a su hermano Constancio. Cedió éste de mala gana: y Atanasio pudo entrar de nuevo en Alejandría, donde fué recibido en triunfo. Diez años escasos gozó Atanasio de relativa tranquilidad, fecunda en trabajos apostólicos. A la llamada *década de oro* siguieron nuevos destierros. Muerto Constante en 350 y derrotado Magnencio en 353, Constancio, hecho señor de todo el Imperio, se creyó ya con fuerza suficiente para perseguir y oprimir de nuevo al inerme patriarca. Expulsado de Alejandría, busca Atanasio un refugio entre los monjes de la Tebaida, siempre adictos al patriarca. Este ocio forzado no fué infecundo: lo que no podía con la acción y la palabra lo suplió Atanasio con la pluma. Muerto Constancio en 361, al año siguiente pudo entrar de nuevo Atanasio en Alejandría. A este tercer destierro de seis años (de 9 de febrero de 356 a 21 de febrero de 362) muy pronto se siguió el cuarto (de 24 de octubre de 362 a 5 de septiembre de 363). Tras breve calma de pocos meses Juliano el Apóstata decretó el destierro de Atanasio, quien halló otra vez cariñosa acogida en sus leales monjes. Mas pasó pronto esta tormenta. Muerto el impío emperador, Atanasio volvió a Alejandría. A Juliano el Apóstata sucedió en el

Imperio el arriano Valente. Un nuevo edicto del emperador desterraba por quinta vez a Atanasio, quien se vió obligado a abandonar su sede (de 5 de octubre de 365 a 31 de enero de 366), hasta que las reclamaciones de los alejandrinos y los temores de una sublevación forzaron a Valente a que permitiese la vuelta del patriarca a Alejandría. Más de siete años vivió todavía Atanasio, sin rendirse a la fatiga, sin cejar en la lucha, hasta que el 2 de mayo de 373 expiró tranquilamente en su lecho. Entonces fué cuando, acabado verdaderamente su destierro, entró en la patria celeste para recibir como siervo bueno y fiel el galardón debido a sus inmensos trabajos, sobrellevados generosamente por la gloria de su Señor y Dios, Jesucristo.

Fácilmente se deja entender las amargas, las angustias, las penalidades de todas suertes, físicas y morales, que hubo de sufrir Atanasio en esta cadena no interrumpida de persecuciones y destierros. Pero lo que más asombra es la heroica fortaleza de su alma, que jamás, ni una sola vez, en el espacio de tan largos años, dió muestras de flaqueza o cobardía, ni de desmayo o abatimiento. Más asombra todavía el que Atanasio en medio de la oposición tenaz que hubo de mantener constantemente contra la herejía y contra los herejes, a pesar de la tensión de ánimo en que le ponían tantos azares y peligros y contratiempos, conservase no obstante una maravillosa ecuanimidad, moderación y hasta blandura de espíritu. Siempre que no se le atravesaba la pérfida pertinacia de los herejes, con la cual jamás transigió un solo momento, era Atanasio benigno y condescendiente. Monumento eterno de este espíritu de indulgencia evangélica es el Concilio de Alejandría de 362, que Atanasio reunió en los breves meses de calma que mediaron entre su tercero y cuarto destierro. En él se decretó que los clérigos que habían abrazado la herejía sólo por debilidad, pero que en su corazón habían conservado la fe, si se sometían a la debida penitencia y admitían el Concilio de Nicea, fuesen restituidos a sus respectivos grados y empleos eclesiásticos. ¡Qué contraste entre la blanda condescendencia de Atanasio y la intolerancia irreductible de Lucífero de Cagliari! Si el Concilio de 362 se ha apellidado "el Concilio de los Confesores", con no menor razón pudiera denominarse "el Concilio de la concordia cristiana".

Parece inverosímil que en medio de los azares de una vida tan agitada pudiera Atanasio hallar tiempo y reposo para escribir tanto como escribió. Es que para Atanasio la pluma era arma de combate. Donde no llegaba su voz, hacía que llegasen sus escritos. De ahí el carácter de los escritos Atanasianos. No hay que buscar en ellos especulaciones teóricas o disquisiciones reposadas, fruto del ocio literario: son ataques y defensas, cuando no invectivas fulminantes. Si no alcanza la profundidad teológica de San Gregorio de Nisa o de San Agustín, en cambio no cede a nadie en precisión y en vigor. Ejemplo de esta teología sobria, clara y exacta en la exposición, robusta y contundente en la demostración, puede ser el siguiente pasaje entresacado de sus magníficos *Discursos con-*

tra los Arrianos: “Non est, inquam, facta Trinitas; sed aeterna atque una est in Trinitate divinitas, una pariter est sanctae Trinitatis gloria: vos tamen eam in diversas naturas diffindere audetis: cumque Patrem aeternum esse concedatis, ipsi de Verbo quod illi assidet dicitis: *Fuit aliquando cum non esset*, Filiumque Patri assidentem ab eodem remove non dubitatis” (*Oratio contra Arianos*, I, n. 18. PG, 26, 47-50). Más preciso en la exposición y más vigoroso en la demostración es este otro pasaje: “Cum forma et divinitas Patris hoc ipsum sit quod est Filius, omnino sequitur ut Filius sit in Patre et Pater in Filio. Quocirca, cum antea dixisset: *Ego et Pater unum sumus*, hic recte ait: *Ego in Patre et Pater in me est*: ut scilicet eandem amborum divinitatem unamque naturam esse doceret. Unum enim illi sunt, non quod unum in duas partes sit divisum, quae nihil sint praeter unum; neque quod unum bis nominetur, ita ut idem aliquando Pater, aliquando sui Filius fiat: quae cum sentiret Sabellius, haereticus est iudicatus. Verum duo quidem sunt: quia Pater, Pater est, nec ipse est Filius; et vicissim Filius est Filius, nec ipse Pater est. Una vero illorum natura est: nec enim genitoris genitus est dissimilis, cum imago eius sit, et omnia quae Patris sunt, sint quoque Filii. Quia ergo unum illi sunt, unaque ipsa est divinitas, idcirco eadem de Filio quae de Patre dicuntur, Patris excepto nomine. Sic ergo Filius dicitur Deus: *Et Deus erat Verbum*; — item Omnipotens: *Haec dicit qui erat et qui est et qui venturus est Omnipotens*; — similiter Dominus: *Unus Dominus Iesus Christus*; — lux quoque esse dicitur: *Ego sum lux*; — nec non peccata delere: *Ut autem sciatis*, inquit, *quia Filius hominis habet potestatem in terra dimittendi peccata*; — et quaecumque alia similia inveneris. Nam *omnia*, inquit ipse Filius, *quaecumque habet Pater, mea sunt*; et rursus: *mea tua sunt*” (*Ib.*, III, n. 3-4. PG, 26, 327-330).

Ahora, para apreciar mejor en su conjunto la obra de Atanasio, concluiremos con una observación, que juzgamos no será inoportuna. Si es verdad que no hay que medir siempre el mérito de las empresas por su resultado efectivo, también es verdad que muchas veces el resultado obtenido ayuda no poco para formarnos una idea más exacta de las obras emprendidas. Entre todas las herejías de la antigüedad, ninguna alcanzó tan enormes proporciones, tanto por su extensión y duración cuanto por su empuje arrollador, como el arrianismo. En este sentido, ni el nestorianismo, ni el eutiquianismo, ni menos el macedonianismo o el apolinarismo, ni siquiera el pelagianismo, son comparables con la herejía arriana. Sobre todo, el año 359, con ocasión del doble sínodo de Rímíni y de Seleucia, el Arrianismo pareció haber avasallado tanto el Oriente como el Occidente. Aunque hay que reputar como manifiestamente exagerada la famosa exclamación de San Jerónimo: “*Ingemuit totus orbis, et arianum se esse miratus est*”, que el vehemente Estridonio escribió no sé si con ironía o con despecho, no por eso es menos cierto que por entonces el arrianismo alcanzó una preponderancia pavorosa. Pues bien: de allí a pocos años ¿qué quedaba de toda

esa potencia aterradora? Nada. Primero en Occidente, luego en Oriente, el arrianismo se deshizo como la sal en el agua. Sólo entre los bárbaros halló un refugio desesperado y efímero, sostenido solamente por la violencia brutal, para hundirse al fin al poco tiempo en el abismo de la nada y el olvido, sin volver a reaparecer en toda la Edad Media. Y aun hoy día, existen entre los orientales disidentes Iglesias nestorianas y jacobitas: Iglesia arriana no existe ninguna. Y ¿a quién se debe, después de Dios, que vela amorosamente por su Iglesia, este triunfo de la verdad sobre el error? Sin duda que muchos factores contribuyeron a esta gloriosa victoria de la verdad católica sobre la herejía; muchos los Doctores que defendieron intrépidamente la divinidad de Jesucristo; mas no puede negarse que quien más que todos trabajó y luchó, quien más denodadamente se opuso al empuje avasallador de la herejía, el que mayores persecuciones y penalidades padeció, campeón a veces único de la verdad, portento de fortaleza, alma de mártir, que en su persona y en su vida entera encarnó gloriosamente la tradición de los Padres y la fe de Nicea, fué el incomparable patriarca de Alejandría San Atanasio. Cuantos adoramos a Jesucristo Dios, no podemos menos de admirar y aplaudir al defensor intrépido de la divinidad de Jesucristo.

Barcelona-Sarriá, 25 de diciembre de 1925.